

Las fantasías catastrofistas son rentables para la derecha

OLLY HAYNES :: 15/01/2025

Entrevista con Richard Seymour. Hay muchas catástrofes reales. Pero los derechistas prometen a sus seguidores catástrofes mejores: aquellas en las que ellos están al mando

Cuando Carlos Mazón asumió el poder como jefe de un gobierno de derechas en Valencia el año pasado, parecía que la crisis climática no era motivo de preocupación. Había formado una coalición entre su Partido Popular, conservador, y Vox, de extrema derecha, y para sellar el acuerdo aceptó suprimir la Unidad de Respuesta a Emergencias de Valencia. El mes pasado, Valencia fue devastada por las inundaciones, con más de doscientas víctimas mortales, ya que las alertas no se hicieron efectivas y los empresarios se negaron a permitir que los trabajadores regresaran a sus casas para ponerse a salvo. Bien entrada la crisis, Mazón disfrutaba de un largo almuerzo.

A pesar de sus claras responsabilidades políticas, la extrema derecha ha intentado sacar provecho de la catástrofe. Culpa al Presidente del Gobierno, Pedro Sánchez, y a su gobierno de (amplia) izquierda de destruir las presas de la época franquista que supuestamente habrían detenido las inundaciones repentinas. En realidad, **como informa *El Diario***, la gran mayoría de las presas eliminadas han sido pequeños azudes, de menos de dos metros de altura, y todas eran «infraestructuras inútiles». Las presas franquistas no habrían salvado a los valencianos. Pero para los derechistas que niegan un desastre real y luego inventan otros falsos, esta alucinación es clave para entender la destrucción en España.

Esta corriente de pensamiento de derechas es el tema del nuevo libro de Richard Seymour, *Disaster Nationalism*. En él, Seymour (escritor y conferenciante marxista norirlandés) utiliza herramientas del psicoanálisis y del marxismo para examinar lo que está ocurriendo con la extrema derecha mundial.

¿Podrías explicarnos qué es el nacionalismo catastrofista y por qué, como usted dice, todavía no es fascismo o es un «aún-no-fascismo»?

Hace algunos años me di cuenta de que la nueva extrema derecha estaba obsesionada con escenarios fantásticos de maldad imaginaria y extrema. Campos de exterminio de la Agencia Federal de Gestión de Emergencias (FEMA), la «gran teoría del reemplazo», el «Gran Reset», ciudades de quince minutos, torres 5G que son faros de control mental y microchips instalados en la gente a través de vacunas. En la India tienen esta teoría llamada la yihad de Romeo: que los hombres musulmanes están seduciendo a las niñas hindúes y convirtiéndolas al Islam, librando así una especie de guerra demográfica. O las fantasías de QAnon sobre pedófilos satanistas y comunistas dirigiendo el mundo. Están realmente cautivados y obsesionados por escenarios alucinatorios de desastre extremo.

¿A qué se debe esto? No hay escasez de desastres reales: incendios forestales, inundaciones, guerras, recesiones y pandemias. Sin embargo, con bastante frecuencia

tienen relaciones negacionistas con *estos* desastres. Muchos dicen que el COVID-19 fue solo una excusa para el Cuarto Reich, o que el cambio climático es una excusa para un régimen totalitario liberal, una nueva forma de comunismo, etc.

A menudo pongo el ejemplo de los incendios forestales de Oregón. Los incendios arrasaron las llanuras y los bosques y ardieron a 800 grados centígrados. Eran una amenaza real para la vida de la gente. Pero mucha gente se negó a marcharse porque oyeron que en realidad era Antifa quien estaba provocando las llamas y que formaba parte de una conspiración sediciosa para acabar con los cristianos conservadores blancos. Así que, en lugar de huir para salvar sus vidas, establecieron controles armados y apuntaron con sus armas a la gente, alegando que estaban al acecho de Antifa.

¿Por qué recurren a esta fantasía apocalíptica de masas? Porque procesa la catástrofe de una forma que resulta bastante estimulante. La mayoría de las veces, cuando la gente pasa por catástrofes, se deprime y se retira un poco de la vida y de la esfera pública. Pero la extrema derecha te ofrece una salida diferente. Te dice que «esos demonios que tienes en la cabeza y con los que has estado luchando son reales y puedes matarlos». El problema no es nada difícil, ni abstracto, ni sistémico: es simplemente gente mala, y vamos a acabar con ellos. Toma todas las emociones difíciles con las que la gente se enfrenta a las crisis económicas y al cambio climático y les da una salida que se siente válida y validada.

Eso es lo que yo llamo «nacionalismo catastrofista». Todavía no es fascista porque, aunque organiza los deseos y emociones de la gente en una dirección muy reaccionaria, no están intentando derrocar la democracia parlamentaria, no están intentando aplastar y extirpar hasta el último derecho humano y civil... todavía. También les falta madurez organizativa e ideológica. Estamos en una etapa de acumulación de fuerza fascista. Si nos remontamos al periodo de entreguerras, ese proceso de acumulación ya había tenido lugar, ya había habido pogromos masivos, ya había habido grandes movimientos de extrema derecha antes del fascismo. Por tanto, lo que veo desarrollarse aquí y ahora es una fase temprana, incipiente, del fascismo.

Al final de *The Anatomy of Fascism*, publicado en 2005, Robert Paxton advierte de que la política israelí podría conducir al fascismo. ¿Qué lugar ocupa Israel en tu concepción del «aún-no-fascismo»?

Cuando empecé a escribir este libro no esperaba hablar mucho de Israel. Pensé que encajaría como un elemento menor en un mosaico global centrado en Estados mucho más grandes. Al final, tuve que escribir un capítulo completamente nuevo debido al genocidio de Gaza.

Hace tiempo que está claro que el sionismo es siempre incipientemente genocida porque su deseo último es que los palestinos no existan. Y siempre ha habido elementos de fascismo hebreo, que se remontan a la década de 1920. Su dinámica colono-colonial, diría yo, es bastante distintiva. Eso no se ve en EEUU: obviamente, el colonialismo de los colonos es una realidad histórica con repercusiones actuales, pero no es una realidad viva y presente. El colonialismo de los colonos estructura la organización del Estado, estructura la vida cotidiana; no se puede vivir en Israel sin conocer a los palestinos y su recalcitrante y exasperante deseo de existir.

Pero hay otros aspectos que son bastante similares a los patrones en el extranjero en EEUU, Gran Bretaña, India, Brasil, etc. Estos patrones son el declive del sistema de posguerra, en su caso un acuerdo corporativista entre el trabajo judío, el capital judío y el Estado, logrado gracias a la limpieza étnica de 1948. Esto se rompió en la década de 1970 y, como en todas partes, se volvieron neoliberales. Los laboristas israelíes decayeron. Intentaron adaptarse a través de la política de la Tercera Vía, y su último hurra fue probablemente el proceso de Oslo. Hoy apenas existen.

Han tenido estas tendencias hacia un pesimismo creciente y la desigualdad de clases, y la vieja utopía nacionalista del mundo de la posguerra ha desaparecido. La clase capitalista es cosmopolita y está estrechamente integrada con Washington, no es la utopía judeonacionalista que intentaban construir. Así que, para algunos en el movimiento sionista, hay un intento de reconstituir esa patria judía, una salvaguardia judía si se quiere. La derecha ha dicho: «No, eso ya lo hemos superado. Esta es una situación en la que debemos resolver la cuestión con los palestinos de una vez por todas». Para ellos eso significa expulsar a los palestinos y colonizar decididamente cada pedacito de tierra que creen que pertenece al Gran Israel.

¿Nos lleva eso al fascismo? No mientras tengan varios sistemas constitucionales, liberal-democráticos. Es una democracia excluyente, y no es inusual en ese sentido; EEUU hasta los años setenta era una democracia excluyente, de hecho diría que lo sigue siendo hoy, solo que en un grado diferente. Israel tiene una cultura cada vez más racista, autoritaria y genocida, y está más cerca de un golpe de Estado fascista que cualquier otro lugar. Creo que el genocidio y el proceso de radicalización en las bases va a ser un proceso que conduzca a un golpe kahanista o de extrema derecha.

Si quieres mirar en dónde avanza más el fascismo, yo diría que es allí, pero también en la India. Todas las alarmas gritan «Estamos al borde de un genocidio»: el BJP [Bharatiya Janata Party], un movimiento autoritario de derechas vinculado al fascismo histórico, ha colonizado el Estado y suprimido los derechos civiles. Se trata de un fenómeno global en el que Israel desempeña un papel único y distintivo. Está bastante cerca de un régimen fascista milenario. A medio plazo, es una posibilidad viva y peligrosa, dado que es un Estado nuclear.

Escribes que «sería una tontería ignorar las fantasías catastrofistas de la derecha. A menudo están en sintonía con realidades que el optimismo liberal prefiere no reconocer». ¿Qué realidades son esas?

A veces se fijan en elementos bastante importantes de la realidad. Por ejemplo, esto de las ciudades de quince minutos es alucinante y delirante en cuanto a su creencia de que está presagiando algún tipo de dictadura comunista antiautomóvil. Pero en el fondo es una amenaza real a la movilidad, al estilo de vida suburbano y a las ventajas relativas de tener un coche. Si las ciudades se construyen en torno a la comodidad, a las bicisendas por todas partes, a la eliminación de la contaminación en la medida de lo posible y a la supresión de las plazas de aparcamiento, eso es un problema si eres una persona a la que le encanta desplazarse en coche a todas partes. Y es especialmente problemático si empiezas a poner barreras de tráfico para impedirte circular por determinadas carreteras.

Si te afecta directa y personalmente, puedes pensar que la vida va a cambiar drásticamente en las próximas décadas. Y no se equivocan del todo: el cambio climático exigirá grandes cambios estructurales. Los liberales quieren negar la gravedad de lo que se avecina y de las cosas por las que ya está pasando la gente. Creo que la respuesta de la izquierda debería ser decir: «Sí, tienen razón, vamos a transformar esto por completo, pero va a ser mucho mejor para todos. He aquí cómo».

El ejemplo que siempre me viene a la cabeza es Barack Obama en 2016. Se burló de [Donald] Trump por catastrofista en su campaña, y dijo de manera irónica: «Al día siguiente la gente abrió sus ventanas, los pájaros cantaban, el sol brillaba». El patetismo que trataba de invocar era que la gente en realidad está bastante contenta, todo va bien. Luego, en las elecciones, obtuvo su respuesta: Trump ganó. Para muchas personas, las cosas no van nada bien.

Trump hizo su discurso inaugural con un texto escrito por [Steve] Bannon hablando de la «carnicería americana», que creo que es una especie de poesía reaccionaria porque carnicería no es una descripción inexacta de la destrucción de la América industrial. Se fijaron en un problema real, pero su respuesta fue culpar a China, culpar a Asia Oriental. La mayoría de los puestos de trabajo que se perdieron, se perdieron a través de la lucha de clases desde arriba: reducción de personal, destrucción de sindicatos. Hubo un elemento de externalización, pero la culpa es de las empresas y no de los trabajadores de Asia Oriental.

Así que pueden identificar ciertas formas de desastre. Lo que no pueden hacer es integrarlas en ningún tipo de análisis global coherente y solvente. Todo lo que ofrecen, en realidad, son síntomas diseñados para no resolver nada, pero que te permiten salir y matar musulmanes en la India, palestinos en Cisjordania y Gaza, matar a simpatizantes del Partido de los Trabajadores en Brasil, disparar, apuñalar o arrollar a manifestantes de Black Lives Matter en EEUU, o tener disturbios racistas en Gran Bretaña en los que casi queman vivos a solicitantes de asilo en sus hoteles. Esto es lo que la derecha ofrece como alternativa al desastre; mejores desastres, desastres en los que te sientes al mando.

Has mencionado la matanza de musulmanes en India. ¿Podrías explicar en qué consistió el pogromo de Gujarat y por qué lo consideras el punto de partida de la actual ola de nacionalismo catastrofista?

Yo diría que es el canario en la mina de carbón. Obviamente, no es ni mucho menos el único pogromo relevante en India. Tienen una especie de máquina de pogromos: Paul Brass escribe sobre esto con elegancia. Esencialmente, había habido un incendio en un tren que mató a varios peregrinos hindúes. Eran miembros del VHP, una organización de extrema derecha, y el movimiento Hindutva [nacionalista hindú] supuso que los musulmanes habían provocado el incendio con cócteles molotov.

Apenas hay pruebas de ello: investigaciones imparciales concluyeron que el incendio había sido un accidente. Pero decidieron que se había producido un genocidio contra los hindúes y en los días siguientes incitaron a la población a tomar las armas y a perseguir, matar y torturar a los musulmanes. Y así lo hicieron, directamente organizados por miembros del BJP, incitados por sus dirigentes y con la connivencia y participación de la policía y empresarios que pagaron a individuos para que fueran y participaran.

Fue un estallido colectivo de violencia pública coordinada, una permisividad con cierto control desde arriba. El resultado fue que el voto del BJP subió un 5% cuando se esperaba que perdieran ese estado después de haber gestionado terriblemente mal una catástrofe real: un terremoto que había tenido lugar el año anterior.

Así que ya ven el patrón aquí: hay un desastre real que afecta a la gente, el gobierno lo maneja terriblemente y luego, en su lugar, ofrecen una versión falsa de un desastre e incitan a la gente a matar a alguien y es muy emocionante. Es horrible lo que hacen. Asesinan a bebés delante de sus madres, meten elementos punzantes entre las piernas de las mujeres, cortan a la gente en dos con espadas.

Obviamente, esto se había ido acumulando durante algún tiempo, y entonces Narendra Modi, en los meses posteriores, organizó estos mítines de orgullo hindú y le dijo a la gente que si podían restaurar el orgullo en el pueblo hindú, entonces todos los «Alis, Malis y Jamalis» no podrán hacerles ningún daño, con lo que obviamente se refería a la población musulmana que acababa de sufrir un pogromo. El hecho de que esto no desacreditara, sino que de hecho animara a la base del BJP y aumentara notablemente la popularidad de Modi dice algo sobre este tipo de política.

Lo hemos visto una y otra vez. Sin todas las protestas armadas contra el bloqueo y la violencia contra los manifestantes de BLM no habrías visto la insurrección chapucera del 6 de enero. Lo mismo en Brasil: Jair Bolsonaro estaba a 20 puntos, casi gana en 2022 y sacó más votos que en 2018. ¿Cómo lo hizo? Un verano de violencia caótica en el que él iba por ahí diciendo que había que ametrallar a los izquierdistas, y sus partidarios enseñaban sus armas a los simpatizantes del Partido de los Trabajadores, los agredían o los asesinaban. No estoy diciendo que el pogromo de Gujarat precipitara causalmente estas otras cosas, pero fue un ejemplo temprano de dónde venía esto, y tan pronto como Modi fue elegido en 2014 demostró que el capitalismo liberal toleraría estas prácticas.

Mucha de la violencia genocida cometida desde la década de 1990 ha sido contra musulmanes de diversas etnias, y aunque hay mucho racismo contra diferentes grupos en la política occidental, los ataques más vociferantes parecen reservarse para los musulmanes. Tommy Robinson, por ejemplo, se jacta de que los negros son bienvenidos a sus mítines. ¿Qué papel desempeña la figura abstracta del «musulmán» en el discurso nacionalista catastrofista? ¿Ha desplazado al «judío» como blanco del odio de la extrema derecha?

No creo que se encuentre tanto en Brasil o Filipinas. Pero sí en toda una constelación de Estados, desde India hasta Israel, pasando por EEUU y la mayor parte de Europa Occidental, y en realidad también de Europa Oriental. No es exactamente lo mismo, en términos semióticos, que la figura de «el judío», porque por el momento no existe en el discurso de la extrema derecha la sensación de que los musulmanes, además de ser una especie de masa despreciable de la Tierra, también lo controlan todo.

Ha habido intentos de desarrollar una especie de teoría de la conspiración como la teoría de Eurabia de Bat Ye'or, por ejemplo. Pero la mayoría de las veces no se trata de la creencia de que los musulmanes están secretamente al mando y dirigen el sistema financiero, sino más bien de que son una masa subversiva, violenta, anormal e inferior de personas que

necesita ser sometida a la violencia para mantenerlos bajo control.

Yo diría que esto tiene su origen en el giro de los años ochenta hacia el absolutismo étnico, la coalición entre los Likudniks en Israel y los fundamentalistas cristianos en EEUU, hacia una especie de política absolutista de la identidad en la que todo el mundo tiene que encajar en una caja determinada: hay una especie de ruptura del tipo de solidaridad antirracista unificadora que vimos durante la época de la Guerra Fría, en Gran Bretaña adoptando la forma de la negritud política. Todo eso se rompió, y luego tenemos el Rushdie Affair y los musulmanes categorizados específicamente como un problema.

Es importante que esto esté arraigado en la experiencia cotidiana de la vida capitalista. En Gran Bretaña, por ejemplo, la gente había formado parte del mismo sindicato en las ciudades del norte o en los muelles y, una vez cerradas esas industrias y rotos los sindicatos, a menudo se fueron a zonas segregadas de la economía y se encontraron con que sus viviendas seguían estando segregadas, con que el sistema escolar estaba efectivamente segregado, que los ayuntamientos practicaban políticas de segregación y que la Policía era segregacionista, muy racista. Si a eso le unimos la austeridad, hay miseria pública, nadie tiene nada y siempre se culpa a los de abajo: «Ellos lo tienen todo, yo no tengo nada». Es entonces cuando empiezan los disturbios en las ciudades del norte, y luego la guerra contra el terrorismo cataliza todo eso.

Así que es un proceso global en el que la civilización liberal se definió en contra de los «malos musulmanes». Al principio existía la idea de que el problema no eran todos los musulmanes, sino solo los del llamado «fascismo islámico»: George W. Bush hizo esta observación. Pero la forma en que esto se entendió popularmente y la forma en que se politizó lo extendió a todos los musulmanes. Así pues, el musulmán es una figura central, pero creo que tenemos que verlo como parte de una cadena de equivalencias con el «depredador de baños transgénero», el «marxista cultural» y el inmigrante. En Filipinas, la categoría principal es la del drogadicto: esas son las personas asesinadas. Puede tener varios acentos pero globalmente, y en particular para Occidente, «el musulmán» coordina todos estos otros problemas.

Uno de los capítulos más interesantes es el dedicado al papel del sexo en el discurso del nacionalismo catastrofista. También escribes un capítulo sobre el genocidio en Gaza, aunque con algo menos de énfasis en el psicoanálisis que el que vemos en otros capítulos. Los temas de la explotación sexual y las agresiones sexuales han sido recurrentes a lo largo del genocidio en Gaza, entre los soldados israelíes que publican TikToks con ropa interior de mujeres palestinas o los disturbios en defensa de soldados acusados de violar a detenidos en prisión. ¿Podrías ampliar tu análisis sobre el papel del sexo en el imaginario del nacionalismo catastrofista?

Yo diría que, en términos de la economía libidinal de esta nueva extrema derecha, su premisa subyacente parece ser que siempre se viola a alguien y el problema es que los «comunistas» (gente como Kamala Harris y compañía) quieren que se viole a las personas equivocadas. El movimiento incel, los defensores de los derechos de los hombres, etc. a menudo tratan de justificar la violación. Hay una especie de contradicción en esta economía

libidinal entre prohibiciones severas renovadas --no más matrimonio gay, no más transgénero, esposas de vuelta en las cocinas, fetichismo de la esposa tradicional-- por un lado y, por el otro, libertad depredadora total para los hombres, permisividad selectiva. No es de extrañar que eso se vea en las zonas de guerra. En las guerras suele haber muchas violaciones: la victimización del enemigo implica sobre todo la brutalización de las mujeres.

Hace poco estuve investigando sobre los perpetradores, en particular en relación con el genocidio de Gaza, y una de las cosas que aparecen es aquello de lo que habla Klaus Theweleit, que es la idea de la mujer peligrosa. En términos modernos es la guerrera de la justicia social, la pelirroja a voz en cuello, etc., pero en la época sobre la que él escribía, el movimiento Freikorps de los años veinte, la mujer peligrosa era una comunista que llevaba una pistola bajo la falda. Es alguien a quien quieres acercarte lo suficiente para matar. Esa proximidad peligrosa es apasionante porque te acercas al peligro, lo vences y te llevas lo que quieres, de la peor manera posible.

Supongo que gran parte de la política masculina de derechas actual es un intento de superar un sentimiento de ineficacia, impotencia, parálisis, etcétera. Y francamente, cuando hablan de violación, la implicación es que están muy cachondos y desean mucho. Pero las pruebas sugieren que los hombres jóvenes, los jóvenes en general, no están tan interesados en el sexo como las generaciones anteriores. No están tan interesados en el sexo, no están tan interesados en el romance, no hay nada muy seductor en la vida contemporánea.

Una de las cosas aquí es que están culpando a las mujeres por el hecho de que no desean, y están diciendo: «Somos involuntariamente célibes». Dicen que si las mujeres se les insinuaran, estarían dispuestos a tener sexo todo el tiempo. Lo dudo. Tienen tantos problemas, están tan frustrados y jodidos como todos los demás, y más aún. Pero creo que intentan inflar su deseo convirtiéndolo en una demostración de poder, de eficacia, de potencia. Hay mucho de eso en marcha, y creo que habrá especificidades en Gaza, porque todo el asunto de los soldados israelíes que se filman a sí mismos en la lencería robada de mujeres palestinas es obviamente paródico, es genocida, pero hay algo en ello que implica una identificación inconsciente con la víctima.

Algo que extrañé en el libro fue un análisis del papel de los centristas liberales en permitir esto. Me viene a la mente Kamala Harris haciendo campaña con los Cheneys y luego perdiendo contra Donald Trump. Está ahí en el trasfondo, pero me preguntaba si podrías explicar cómo ves que encajan los liberales en este panorama.

Hay dos ángulos en esta cuestión. Los centristas liberales como individuos y como grupo y su relación simbiótica con la extrema derecha, por un lado; por otro, la civilización liberal. El segundo es mi enfoque en el libro, en el que abordo los fracasos de la civilización liberal. La barbarie inherente a ella tal como se manifiesta en el imperialismo y la guerra, en su racismo, su sadismo fronterizo, en el trabajo y la explotación, pero también en las jerarquías de clase y las miserias que eso crea. Así que la cuestión es cómo llegar a situaciones específicas en las que personas como Obama, Hillary Clinton, y ahora Kamala Harris y Joe Biden ayuden realmente a llevar esta nueva formación al poder.

Yo diría que hay una pregunta interesante que el filósofo Tad DeLay plantea en su más

reciente libro, *The Future of Denial* (sobre la política climática), donde pregunta: «¿Qué quiere el liberal?». Es una buena pregunta porque los liberales proclaman repetidamente su afinidad con los valores igualitarios y libertarios. Afirman apoyar la acción para hacer frente al cambio climático, pero también se oponen a cualquier medio eficaz de hacerlo. Cada vez creo más que, a la hora de la verdad, los liberales no quieren liberalismo. Obviamente, hay que hacer ciertas distinciones porque hay liberales que están realmente comprometidos filosófica y políticamente con los valores liberales y lucharán por ellos y se irán a la izquierda si tienen que hacerlo. Pero también hay centristas duros cuya política se organiza principalmente en torno a la fobia a la izquierda.

Aquí hablo de anticomunismo alucinatorio sobre todo en relación con la derecha, pero los liberales tienen una idea igual de irreal de la izquierda y su supuesta amenaza. Sería bonito que la izquierda fuera más fuerte y estuviéramos a punto de provocar una revolución comunista, pero no es el caso. Pero cuando Bernie Sanders se presentaba, recuerdo el pánico de los liberales estadounidenses. Había un locutor al que le preocupaba que, una vez que los socialistas tomaran el poder, la gente se pusiera contra la pared y fuera fusilada. Luego también hay que considerar cómo el centro duro (tanto la centroizquierda como la centroderecha) ha promovido teorías conspirativas, como la Operación Caballo de Troya en Gran Bretaña, la idea de que los musulmanes estaban tomando las escuelas de Birmingham. Eso no vino de la extrema derecha sino del Gobierno.

Esta es la relación: la extrema derecha toma los predicados que ya han sido establecidos por el centro liberal y los radicaliza, haciéndolos más coherentes internamente. Hace algunos años, cuando el Nuevo Laborismo estaba en el poder, empezaron a tomar medidas enérgicas contra los solicitantes de asilo. Regularmente ponían en escena noticias y ángulos en los que un ministro estaba en Dover buscando solicitantes de asilo en las furgonetas de la gente y cosas por el estilo. Cuando todo eso sucedía, el Partido Nacional Británico (BNP) estaba creciendo y en las entrevistas decían: «Nos encanta lo que están haciendo, nos están legitimando». Tomaron preocupaciones que estaban en el fondo de la agenda de la gente en 1997 y las estaban empujando a lo más alto, y eso estaba dando legitimidad al BNP.

Por sus propias razones, tienden a amplificar las corrientes reaccionarias que ya circulaban. Entonces, cuando la extrema derecha crece a raíz de eso, tienden a argumentar que «esa es una buena razón para que vayamos más lejos en esta dirección porque eso demuestra que si no abordamos esta cuestión la extrema derecha va a crecer aún más». Es una máquina de resonancia, como que rebotan el uno en el otro. Así que uno de los problemas de tener que elegir entre un demócrata centrista y un republicano de extrema derecha es que esa elección se basa en la exclusión de la izquierda. Estructuralmente, ambos prosperan con ello, pero la extrema derecha también se beneficia a largo plazo.

Hacia el final del libro sugieres que apelar a la racionalidad y al interés propio de la gente no siempre funciona, y que la política de «pan y rosas», aunque necesaria, podría no ser suficiente: que para movilizar políticamente a la gente hay que despertar sus pasiones. ¿Tienes alguna idea de cómo deben ser esas «rosas» que hay que ofrecer junto al «pan»?

Debería haber utilizado esa metáfora en el libro: «pan y rosas» es una buena forma de

decirlo. Creo que hay un esfuerzo legítimo e innato hacia la trascendencia que es inmanente a la vida como tal. En otras palabras, estar vivo es esforzarse por alcanzar otra situación. La vida es un proceso teleológico en el que nos esforzamos por alcanzar una determinada cima de desarrollo. Pero también es esforzarse hacia el conocimiento, esforzarse hacia el otro; ese es el instinto social, esforzarse hacia, en el lenguaje de Platón, lo bueno, lo verdadero y lo bello. Creo que eso está en todos y en cada ser vivo.

Yo diría que esto se puede ver cuando tenemos estas rupturas de izquierdas, como por ejemplo la campaña de Sanders. Está muy bien hablar de pan y rosas. Ahí había cosas buenas que la gente necesita, como la sanidad y un salario mínimo más alto, hacer frente a los empresarios explotadores, así como la necesidad de hacer frente al sadismo fronterizo invitando a la gente a vivir en una sociedad decente.

Cualquiera con un poco de instinto decente se sintió atraído por esa campaña, electrizado por ella, porque en última instancia, ¿qué dijo? No dijo vótenme y tendrán más bienes materiales, dijo vótenme y tendrán una revolución política. Y no se limiten a votarme, participen conmigo en un movimiento político, tomen el poder, derroquen a todos los elementos decrepitos y sádicos de nuestra sociedad y profundicen en la democracia. Habló de un improbable viaje juntos, de rehacer y transformar el país.

La gente realmente tiene ese anhelo de trabajar juntos para lograr algo superior. Una de las patologías de la vida moderna es que la gente se siente frustrada, paralizada, ineficaz. Su modo característico de dirigirse a las personas era «si nos mantenemos unidos», y cuando decía eso la multitud estallaba. Ese es solo un ejemplo de ruptura de la izquierda; Jean-Luc Mélenchon tiene su propio estilo, Jeremy Corbyn tenía un estilo muy diferente, pero la misma idea básica aparecía siempre: el *ethos* social, luchar juntos.

Karl Marx y Friedrich Engels hablaban de esta dialéctica en la que uno se afilia a un sindicato inicialmente por algo como salarios más altos, una jornada laboral más corta, cosas que básicamente necesita, pero luego desarrolla otras necesidades más ambiciosas. A menudo, los trabajadores van a la huelga para defender su sindicato, aunque pierdan salarios y sus condiciones materiales objetivas empeoren un poco. Se necesitan unos a otros, necesitan a su sindicato. Se puede ir más lejos, se puede politizar de una manera mucho más profunda. La necesidad más radical es la necesidad de universalidad, en un sentido marxista.

Cuando la gente se lanza a las calles para detener el cambio climático, tiene en mente vivir en un mundo de plenitud, no necesariamente un mundo en el que tengan todos los artilugios y las mercancías que necesitan, sino uno en el que todos los seres humanos y todas las especies tengan la oportunidad de prosperar y florecer. Yo diría que eso es algo normal. La cuestión es cómo se frustra, aplasta y desvía ese comunismo instintivo de base, como dice David Graeber. ¿Cómo se desatiende y patologiza esa necesidad impecablemente respetable, para que la gente ni siquiera se atreva a pensarla, y mucho menos a expresarla, para que la gente adopte una especie de postura cínica?

Creo que las rosas que necesitamos son las que surgen de nuestra unión: he mencionado los términos platónicos, lo bueno, lo verdadero y lo bello. Piensen en la cultura y en ese trabajo que hacemos juntos, piensen en la búsqueda de la verdad en las ciencias y en ese trabajo

que hacemos juntos. Nuestros esfuerzos por elevar los estándares morales intentando detener la violencia, detener las violaciones y acabar con el racismo son capacidades intrínsecas que tenemos todos. Es un hecho que también nos quedamos cortos, que podemos vivir existencias privativas en las que somos egoístas, odiosos y resentidos. Pero eso no es todo. Si lo fuera, nos daríamos por vencidos.

Jacobinlat

<https://www.lahaine.org/mundo.php/las-fantasias-catastrofistas-son-rentables>